Crux est vena paradisi,
In qua solum sunt confisi,
Qui vicerunt omnia;
Crux est mundi medicina,
Per quam bonitas divina
Fecit mirabilia.

— — — — — —

Debajo de la Cruz estaba María, la Madre del Señor. No es muy largo su camino hasta Jesús. Quien haya contemplado el amor y la belleza de Cristo, pronto se dará perfecta cuenta de las maravillas que como un sereno fulgor encierra el alma de la Madre. El tiempo de amor espiritual de San Francisco está rodeado del brillo de María. El nombre de «María de los Angeles» vuela como un fino sonido de Mayo a través de sus años y dentro de sus fundaciones. Sin duda alguna, puede reconocerse en la Orden una dirección *marianista* (de María) desprendida del amor que hacia la Madre de Dios afluyó de las poesías litúrgicas.

Juan Egidio de Zamora, un portugués que pertenece al siglo XIV, canta en su entusiasmo por la Madre de Dios:

Laudent matrem pietatis,
Laudent templum trinitatis,
Laudent stellam claritatis,
Laudent hortum voluptatis
Regna et imperia.

Laudet fontem venustatis,
Laudet rosam caritatis,
Violam humilitatis,
Lilium integritatis
Jubilans ecclesia.

Laudet rubum visionis,
Et virgam correctionis,
Laudet vellum Gedeonis
Et manna refectionis
Tota vigilantia.

Altum thronum Salomonis,
Pulchrum, qui est Absalonis,

Totum portum stationis,
Claram vallem visionis
Benedicant omnia.

Laudent matrem veri Dei,
Matrem summi Nazaraei
Cuncta, quas substistunt ei,
Caelum, terra, lux diei
Et superna curia.

Gualterio Wiburn, franciscano inglés muerto hacia 1367, dejó escritos tres libros de himnos a la Madre de Dios, en los que se refleja un amor inocente hacia la Reina del Cielo. A continuación publicamos algunas estrofas de su cántico «Ave».

Ave virgo mater Christi,
Quae pudore meruisti
Dici phoenix virginum;
Ave, virgo, cujus fructus
Nobis dedit finem luctus
Et lamenti terminum.
— — — — — —
— — — — — —

Ave, virgo, caeli clavis,
Ave, novis nova navis
Onerata mercibus,
Per quam plena plenis velis
Est allata lux de caelis
Caecis et errantibus.
Ave gemma puellaris,
Ave, clara stella maris,
Ave, capsa numinis;
Ave, lampas et laterna,
Quam accendit lux superna,
Fax aeterni luminis.
— — — — — —
— — — — — —
Servum tuum de profundis
Tractum misce laetabundis
Superum consortiis,
Ut cum illis jucundetur
In aeternum et cibetur
Dapibus ambrosiis.

Un siglo más tarde, Juan Tisserand, franciscano en París († 1494) entonaba sus himnos a María en la fiesta de la Santísima

Virgen. Pero el más importante de todos fué Jacopone de Todi franciscano italiano, conocido a causa de una cántiga inmortal para la Iglesia. Es probable que este monje haya sido el autor del famoso «Stabat Mater Dolorosa» impreso en los libros de oración de los siglos XIII y XIV, y que en el siglo XV tuvo ya entrada en los libros de misa de todos los fieles a la Iglesia. Esa poesía es una de las canciones favoritas de la grey católica y ha crecido íntimamente ligada a las preces del *Via crucis*.

Especialmente en la profundidad de estos cariñosos cantos se refleja la absoluta comunidad de la Oración de San Francisco con el sentir del pueblo creyente.

La armónica unión de su genio con la liturgia indica sin duda alguna, la mayor aunación en el servicio eclesiástico divino. Las formas culturales no pueden olvidar jamás que el pueblo católico no puede dispensarse de la aproximación de las ceremonias a la fuerza de la concepción y al mundo sen-

sitivo de los creyentes. Es cierto que la dirección impuesta por el genio de San Francisco tiende a profundizar y ampliar la sencilla liturgia del pueblo, pero esto no obsta para que dé calor, tan lejos como sea preciso, al culto universal. Imprime vida y valor de presencia a la piedad individual y colectiva, con sus prácticas, y con su mano, muestra el orador el alma de todas las liturgias en el genio del amor seráfico.

Vida y ensueño.

Francisco es la pura y sencilla personificación del catolicismo. Así lo percibe el mundo exterior. Así lo aprecia su Iglesia. Es una sola persona en la cual tienen actividad casi imposible de unidad, dos componentes de vida, opuestos, pero que trabajan armoniosamente: ensueño en las lejanías eternas y bienaventuradas y designio de envolver en alegría las realidades terrestres, cualidades ambas especialmente características en el hombre católico.

La Naturaleza y la gracia divina le impulsaron desde su juventud, en el camino del idealismo, el país de la fe alejado de los sentidos corporales, el hermoso mundo de Dios vislumbrado por San Juan y, sobre

todo, la mártir y cariñosa vida del Salvador. Le atraían con enérgica atracción hacia la elevada región de los pensamientos y del alma. Sólo conocía un fin: transformarse en la imagen de Jesús y, para obtener su propósito, interpretar los evangelios sin rodeos ni sutilezas, haciendo su norma de vida. Su elevado sentido había posado sus pies en la tierra, pero sin temer el mundo. También la tierra tenía sus amores; la tierra por la que su Divino Maestro había caminado; la tierra que, en su horizonte, le ofrendaba purpúreos escalones nublados en las estrellas, escaleras altas y esbeltas por las cuales podría ascender hasta el Creador de todas las cosas. Era, en una sola persona, un enamorado del mundo visible y un enamorado del mundo invisible.

No ante todos los ojos aparece tan agitado y rico de deseos. Quien le contemple rodeado de pajaritos, pugnando en sus cantos con la alondra, dialogando con la hermana cigarra, moviéndose alegre y feliz entre el pueblo,

sólo verá en él amores mundanos y terrenos. Pero quien le encuentre en el monte Alverna, como envuelto por el color violeta del cielo nocturno, casi oprimido por el supramundo, carente de todo sentimiento hacia el activo hombre del valle, verá en él al místico absolutamente ajeno al mundo.

En todo momento hallaremos en su ser dos acerados rasgos armónicamente unidos, especialmente marcados por esa armonía dichosa a la grandeza, y que constituye el secreto de sus triunfos. ¡Cuántos esfuerzos hacen los hombres para dar otro valor a su ser característico y para formar de una manera fértil la activa profesión! En general, el éxito no corresponde al trabajo empleado. Casi siempre, ese fracaso corresponde a un error de concepción, y este error radica en la falta de unión entre el idealismo y el sano sentido de la realidad. La vida y el trabajo del alma flotan sobre la actividad del día en lugar de penetrarla. Para Francisco, el sentimiento idealista sólo merecía ser

apreciado en cuanto podía hallársele aplicación práctica, influyendo en la vida. La tradición nos ha conservado una frase suya que es una profunda nota de la psicología de su santidad: Habiendo leído en los círculos de sus compañeros las Santas Escrituras, cerró el libro, una vez terminada su lectura, y dijo: «Hermanos, obremos ahora de acuerdo con lo leído». En San Francisco todo es ascetismo de hechos.

Las ideas le influencian enérgicamente, y su sana percepción altera la fuerza de los pensamientos aplicándolos a su actividad ejecutora. Vive en plena vida evangélica. Los evangelistas han diseñado el sublime mundo de los pensamientos en sus cuentos sencillos; un mundo de inmensa hermosura encantadora. Todas sus concepciones representativas encarnan en hechos prácticos. Como ellos, Francisco revela idéntica manera de ser. Es una fuerza práctica que quiere realizar en el mundo que le alberga y rodea el fin de los evangelios. Por eso ama el

mundo y ama a los hombres; edifica interior y exteriormente, al unísono, con unidad de estilo propio. A todos nos influencia: Francisco pertenece a los hombres, aunque su amor a Dios le haya elevado sobre ellos. No es un ser extraño a nosotros, sino uno de nosotros mismos; con nosotros llora, con nosotros ríe, con nosotros sufre. Es hermano nuestro. Le rodea la misma atmósfera que envolvía al Salvador: el bondadoso y benévolo soplo de amor a los hombres.

Tal santidad que ni es meticulosa ni ajena al mundo, sino que crece fresca en el humano día, lleva el sello de una salud interior. La piedad debe de reinar en la vida, pero no desligar las relaciones entre el piadoso y el mundo. Cuanto más une el hombre robusto y justo sus ideales con el trabajo cotidiano, tanto más presto crece la vida, vida de gracia divina en las deseadas alturas. La Orden de San Francisco cuenta en su seno, al igual de muchas otras órdenes, innumerables santos

y beatos. ¿Dónde está el secreto de la vigorosa floración? ¿Acaso era la pobreza la que allanaba a las almas tan sublime ascensión? Indudablemente, la pobreza ha engendrado en numerosísimos casos verdaderas maravillas de santidad, pero sería falso hacer radicar tal heroísmo exclusivamente en ella. Un gran trecho del camino de la santidad fué recorrido con la ayuda de la dirección práctica de la Orden en su visible sentido de realidad. «*Hermanos, obremos ahora de acuerdo con lo leído*» es la divisa de San Francisco y de sus sucesores, como también lo es esta sentencia del mismo Santo: «Hermanos: comencemos a obrar, porque hasta ahora hemos hecho poco». La voluntad para la *ejecución* es el sello característico de todo santo y especialmente de San Francisco. Las concepciones alegres de la realidad están profundamente arraigadas en los tiempos, porque siempre se debe recordar el hecho decidido cuando se quiere comprender la esencia del mundo. Las pala-

bras volaron siempre, y siempre volarán, mientras tanto que la ejecución del hecho no las grabe, mientras a la palabra no se una la obra. Las verdades evangélicas claman constantemente por predicadores que *obren*. La vida franciscana es el más ejemplar sermón que pudo imaginar San Francisco. ¿No lo dice así su vieja tradición? «El Santo habló con uno de sus hermanos: Ven a Asís, hermano, para que prediquemos. Dicho y hecho. Ambos se pusieron silenciosamente en marcha. Llegaron a la ciudad, atravesaron su puerta, y muy pronto se vieron rodeados de gente. Entonces, el hermano compañero pensó: ¿Dónde querrá predicar el Santo y dónde hablaré yo al pueblo? Pero Francisco continuaba siempre su marcha, no entraba en la iglesia y en ninguna parte se detenía. Al piadoso hermano parecía aquel un caso extraordinario. ¿Acaso estaría el Santo tan ensimismado en sus oraciones que hubiese olvidado sus propósitos? Mientras tanto ambos hermanos ha-

bían llegado al fin del lugar. Entonces, el hermano acompañante se atrevió a preguntar a Francisco: Pero ¿no predicamos, Padre? «Ya lo hemos hecho» fué la respuesta del Santo. «Hemos pasado modestamente y rezando como pobres de Jesucristo, por Asís. Ese fué nuestro sermón».

Francisco quiso crear predicadores semejantes, y ese es el fin que persigue la tradición de setecientos años, de forma educativa franciscana. Quería, y aun hoy quiere, desarrollar escuelas teológicas en las cuales se tratará la ciencia divina especulativa y prácticamente con igual disciplina. «Ut boni fiamus!» ha sido desde los tiempos de Buenaventura el elevado fin de la teología franciscana.

JUNTO A LAS AGUAS DEL MUNDO...